

abandonado si te dejas llevar por las seducciones del mundo. Sigue en el templo tranquilo de las ciencias sagradas, y goza la dicha de poder vivir en él en paz, como acabas tú mismo de proclamar en la sinagoga.

Baruch, á quien había prohibido el médico hablar mucho, procuraba con palabras prudentes hacer á su padre variar de opinion respecto á Olimpia y sus amigos. En aquel momento entró Oldenbourg, acompañado de un extranjero.

—Estábamos intranquilos,—dijo,—sin saber nada de usted. La señorita Olimpia os envía afectuosos recuerdos, y me encarga que os vea. Y como creía que estaba usted gravemente enfermo, me acompañó mi amigo el doctor Luis Meyer, que deseaba conocerle.

—Sí, hemos temido por la vida de mi hijo,—replicó su padre.

Oldenbourg le hizo una reverencia y preguntó :

—¿Es usted padre de nuestro jóven filósofo? ¿No ha estado usted en mi casa para hablar de una pretension á la casa Trosten?

—Sí.

—Dispéñseme usted si he estado un poco lacónico. Sin embargo, los intereses de usted no han sufrido, y desde luégo me encargo de arreglar el asunto.

Dió el padre de Baruch repetidas gracias á Oldenbourg, y habló mucho con él, quedando encantado su corazon de español al ver en el carácter noble y caballeresco de Oldenbourg un recuerdo de su juventud. Entre tanto, Meyer conversaba con Baruch del accidente del sábado.